
Jaime Laffaille (1951-2015)

A manera de obituario: una nota personal

An obituary:
a personal note

Carlos Ferrer Oropeza



«Ya nunca seremos como éramos»

—TOMÁS ELOY MARTÍNEZ

Jaime Ramón Laffaille Ysrael nació en Caracas, Venezuela, pero toda su vida transcurrió en la ciudad de Mérida. Murió cuando apenas desplegaba una rica experiencia adquirida en campos muy diversos, que llegaron a abarcar tanto las ciencias físicas y naturales, como disciplinas históricas y ramas de la conducta humana. Todo este universo de saberes fue crudamente truncado, y en estas tristes circunstancias me viene a la memoria lo que expresaba alguien: *«fue una manera anticipada de despedirse»*.

Físico de profesión; profesor titular jubilado de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Los Andes (ULA). Especialista en Geofísica y Sismología, con una Maestría en Estadística Aplicada. Jaime, en su larga y dilatada carrera académica ocupó importantes cargos: Coordinador del Laboratorio de Geofísica (1982-1990); presidente de la Fundación para la Prevención del Riesgo Sísmico (FUNDAPRIS) desde el año 1996 al 2015; miembro activo de la Comisión para la Gestión Integral de Riesgos de la ULA del 2012 al 2015; docente de pre y postgrado en diferentes facultades de la Universidad, y motor fundamental en la creación y posterior consolidación del Postgrado en Gestión de Riesgos Socionaturales del Instituto de Geografía y Conservación de Recursos Naturales de la ULA; además de ser tutor de un número apreciable de tesis y trabajos especiales de grado.

Miembro de numerosas comisiones científicas y técnicas, participó en paneles de expertos, asesor de ministerios, gobernaciones y coordinador de la Oficina Presidencial para el evento de lluvias del río Mocotíes en el año 2005. Es digno de destacar su activa participación en la modernización del Museo de Ciencia y Tecnología de Mérida, así como sus aportes en la elaboración de la Ley de Gestión de Riesgos Socionaturales y Tecnológicos (Aprobada por la Asamblea Nacional en el año 2009). De Jaime partió la iniciativa de organizar y desarrollar las Jornadas Venezolanas de Sismología Histórica y el Simposio Venezolano de la Historia de las Geociencias, eventos periódicos que permitieron reunir a especialistas, alrededor de un tema de doble articulación y con el espíritu de un foro para el encuentro de científicos sociales y especialistas en ciencias de la tierra. Ello explica la importancia de la *Revista Geográfica Venezolana*, como órgano divulgativo de la geografía aplicada y ciencias afines, al incluir una selección de las ponencias presentadas en esos eventos. En la última etapa de su vida, ocupó la dirección del Centro de Investigación en Gestión Integral de Riesgos (CIGIR).

Con obra escrita vertida en numerosos artículos científicos y de corte histórico, publicados en su gran mayoría en revistas arbitradas, capítulos en libros, reportajes y entrevistas tanto en medios impresos como audiovisuales. Así mismo, destacan sus contribuciones notables en informes técnicos dispersos en distintas instituciones. Creador y motivador de la página Notisismo; comentarios publicados en un diario de circulación local disponible en la web durante varios años y de gran aceptación por los lectores. En esas columnas periódicas, Jaime hacía asequible información compleja sobre el origen e historia de los terremotos y otras amenazas que han afectado a la región. Sus comentarios, además de oportunos, relataban hechos curiosos y por lo general poco conocidos.

En suma, sería muy largo sintetizar en esta corta nota, los diversos campos e intereses que abarcó y desempeñó exitosamente Jaime. Su espíritu inquieto le impulsaba a moverse entre los rígidos cálculos y modelos matemáticos que hacen comprensible a los conocedores, los íntimos mecanismos de la Física, a los campos fundamentalmente especulativos de la Geología y la Geofísica, y el no menos ámbito minado de la historia de los sismos y sus efectos colaterales. Cultivó múltiples y variadas disciplinas; su mente inquieta exploró en la música, además de ser reconocido baterista y conocedor de los ritmos modernos, practicó varios deportes. En fin, Jaime era un sano buscador de aventuras.

De vida familiar ejemplar, hijo afectuoso, solidario con sus hermanos y amantísimo padre, amigo sincero y de una personalidad que siempre reflejó transparencia y nobleza. De su padre, Marcial Laffaille, guardaba gratos recuerdos; de hecho de los relatos del propio Jaime se desprende que la vida de Marcial fue muy interesante: De origen francés con una vida muy activa, fue un dedicado y arriesgado «maquis» (guerrillas francesas que luchaban contra la ocupación alemana en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial). Hechos vivenciales transcurridos por ambos, padre e hijo, en labores de mantenimiento de la vieja carretera transandina, llenarían un anecdotario. La temprana muerte de Marcial cuando Jaime apenas tenía 16 años, le obligó junto a su señora madre a encargarse de la familia. Por su parte, Isabel Elena Ysrael⁽¹⁾, su noble matrona, le dio bases espirituales y le enseñó la magia de los efectos curativos de la meditación y de las plantas medicinales. En el hogar formado por Marcial y Elena, fueron procreados tres hijos a los cuales se les inculcó disciplina y amor por el país. De Klaudia, hija de Jaime, se resalta que con empeño y mucho éxito viene transitando el legado de su padre, en la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Los Andes.

Los numerosos viajes de Jaime a lo largo de los Andes venezolanos, así como a diversos lugares del país y fuera de él, se transformaban en descubrimientos y fascinantes exploraciones. De una curiosidad desbordante; le llamaba la atención los detalles que a la mayoría les pasaban desapercibidos, pero no a su espíritu proactivo. El Jaime Laffaille incansable que conocimos, aquel explorador innato, que acompañado de su inseparable bicicleta montañera, tuvo la oportunidad de visitar sitios poco conocidos. Sus relatos de viajes, salpicados de chispas de humor fueron, y son para muchos, de gratos recuerdos.

Sus escritos claros, directos despertaban de inmediato el interés de sus lectores. Solía sazonarlos mediante una prosa ágil, liviana, pero a su vez densa y de gran contenido pedagógico y andragógico. Resaltaba siempre su curiosidad por descubrir antiguos caminos, viejos y desaparecidos asentamientos; la pequeña historia de personajes y un universo de cosas. Todo ello se constituyó en la excusa perfecta para largas, inagotables y sostenidas conversaciones.

Algunas veces las anécdotas suelen ser la parte más interesante de los individuos; quisiera rescatar dos que perfilan la personalidad de Jaime. Transcurría el año 2000 y en la oportunidad de trabajar en un Proyecto enmarcado dentro del Programa de Habilitación

Física de Barrios (Consejo Nacional de Vivienda), nos tocó la evaluación, principalmente geomorfológica y sísmica, del sector Santa Rosalía de Onoto, típica barriada ubicada en la ciudad de Valera, estado Trujillo, en los Andes venezolanos. El relato se refiere a una de las tantas historias que le gustaba recrear a Jaime con tanta picardía, fino humor y aderezado con aportes originales. Con un compromiso muy ajustado de entregar el trabajo y a ello sumado los múltiples desafíos que presentaba la zona, considerada de «alta peligrosidad», no sólo por las diversas amenazas naturales allí presentes, sino por la incidencia de la delincuencia. El equipo responsable del Proyecto tropezó casualmente con un personaje del barrio, con el mote o apodo de «El Morocho» (una especie de «Pedro Navaja», como diría el cantautor Rubén Blades, muy típico de las barriadas latinoamericanas en sus principales urbes). Se trataba entonces de un individuo con un amplio prontuario y abatido a fines de ese mismo año. Demás está decir que «El Morocho», pues nunca supimos el nombre real, desarrolló una mutua simpatía con Jaime; y esta fue la única forma de poder culminar el estudio. Notable era ver a la banda funcionando a manera de «guardaespaldas», guiarnos por todos los complejos vericuetos del barrio.

En otra oportunidad se presentó una situación muy jocosa cuando nos tocó dar un ciclo de conferencias en la ciudad de Boconó (Trujillo, Venezuela), a propósito de dar a conocer los peligros inherentes a la importante falla geológica que lleva el mismo nombre del poblado. El numeroso público que asistía al acto no entendía el motivo, que a manera de «maldición» constituía el bautizo de esta estructura activa como: Falla de Boconó. Resultó un simpático desafío explicar el origen de tal denominación que Jaime resolvió con extraordinaria elegancia⁽²⁾.

En Jaime Laffaille convergían una notable experiencia profesional, una extraordinaria calidad humana, gran generosidad, un talento fuera de lo común, sentido de responsabilidad y espíritu crítico. Cultivó uno de los dones más valiosos: la amistad. Destacó por su enorme capacidad de oratoria y siempre fue agradecido con aquellos personajes que consideró sus guías y maestros.

¡Paz a tus restos, amigo inolvidable!

Agradecimientos

Un especial reconocimiento a Klaudia Laffaille por los detalles de la vida de su padre, y sus oportunas sugerencias; así mismo, testimonio mi gratitud a los profesores Alejandro Delgadillo, Ada Moreno y Riguey Valladares por la lectura del manuscrito y las correcciones hechas, a fin de mejorar el texto.

Notas

- (1) Una travesura de Jaime fue cambiar la primera letra del apellido materno del original «I», Israel, por la «y» de Ysrael.
- (2) El nombre de Falla de Boconó proviene de una mesa redonda, conformada por los geólogos más respetados del momento, celebrada en esa localidad a mediados de la década de los 50, para estudiar y definir rasgos de esta importantísima estructura geológica de Venezuela.

— La fotografía que acompaña el inicio de este obituario, le fue tomada a Jaime por su hija Klaudia Laffaille, a inicios del año 2010 en las cercanías de la laguna de Mucubají, camino a un lugar al que Jaime llamaba: «El mirador de Dios». Al fondo, de la imagen también se aprecia la Sierra del Norte o de La Culata. Todo este sector es considerado esencialmente turístico y de enorme interés geocientífico. Cabe destacar que la laguna de Mucubají, se ubica a unos 3.560 msnm a 55 km aproximadamente al NE de la ciudad de Mérida, en el paso más alto de la vía que va al estado Barinas. Este cuerpo de agua de origen fluvio-glaciar, se constituye en una de las lagunas más espectaculares del Parque Nacional Sierra Nevada, en los Andes venezolanos.